

Movilidad de la población y evolución de los paisajes en la Tierra Caliente de Michoacán, México

Virginie Thiebaut¹

Resumen

En la Tierra Caliente de Michoacán, en el Occidente de México, la Reforma Agraria y las grandes obras hidráulicas de la Comisión del Tepalcatepec han modificado a profundidad los paisajes rurales y la estructura poblacional a partir de mediados del siglo XX. Mientras la región era ya un foco de atracción para las regiones vecinas y áreas más lejanas -por las oportunidades de trabajo que ofrecían las haciendas ganaderas y comerciales en el siglo XIX- el fenómeno de inmigración local y regional se reforzó, al mismo tiempo que se produjeron grandes cambios territoriales: división de latifundios, desmontes, aparición de nuevos cultivos de riego.

En este trabajo, retomaremos el concepto del geógrafo español Nicolás Ortega Cantero quien considera que los paisajes son al mismo tiempo “una realidad formal y una imagen cultural”. Presentaremos los procesos que conocieron los paisajes y las dinámicas poblacionales que los acompañaron, e intentaremos entender cómo la percepción de los habitantes evolucionó frente a los cambios. Estos datos, obtenidos de registros parroquiales municipales y de distintos archivos, serán complementados por la observación y el análisis de paisajes y las entrevistas realizadas durante los recorridos.

Palabras clave: paisaje; migración; procesos; reforma agraria.

¹ Centro de Estudios de Geografía Humana. El Colegio de Michoacán, A.C. Email: virginiathiebaut@yahoo.fr

La evolución de los paisajes del siglo XVI al XIX

La Tierra Caliente es un valle que se extiende en el occidente del estado de Michoacán, entre el eje neo-volcánico al norte y la Sierra Madre del sur, a una altitud aproximada de 300 msnm. La parte llana del valle ofrece buenas condiciones para los cultivos: desde las montañas que la rodean, llegan ríos y manantiales –sobre todo en la parte occidental– que se utilizan para regar las tierras. La fertilidad de los suelos y el clima cálido permitieron producciones diversificadas a lo largo de los siglos. La región tiene entonces una larga tradición agropecuaria, y conoció, por lo menos desde la época colonial, importantes movimientos de población.

Si la llegada de los españoles y más tarde de los esclavos negros que trabajaron en los trapiches son difíciles de cuantificar, los movimientos de peones que llegaron a las grandes propiedades se pueden analizar desde mediados del siglo XIX.

Cultivos y evolución de la población en la época colonial

Durante la época colonial, se produjeron en Tierra Caliente cultivos comerciales, como la caña de azúcar, el añil –que antes existía al estado silvestre– el arroz y las huertas de plátanos, que se sumaron y después suplantaron a los cultivos prehispánicos practicados anteriormente: el algodón y las huertas de cacao. Se daban en parcelas y huertas irrigadas con el agua de los ríos, situadas cerca de los pueblos de indios y en las propiedades de los españoles. Se practicaba también el cultivo de maíz en tierras de temporal y la ganadería bovina extensiva en inmensas superficies cubiertas de matorral. Al final del siglo XVI, se describe en la *Relación de Tancítaro* “grandes pedazos de tierras baldías, que no sirven a nadie, para estancias de ganados” cerca de Apatzingán (Ochoa, 1985: 162).

Mientras al inicio de la época colonial, los indígenas tenían abundantes tierras comunales, los españoles empezaron a conseguir grandes extensiones a partir de fines del siglo XVI, gracias a la adquisición de mercedes. Reforzaron su presencia en el transcurso de los siglos XVII y XVIII, consiguiendo nuevas superficies, mediante movimientos de compraventa y de usurpaciones, al detrimento de las tierras de indios (Barrett, 1975: T.1, 76-95). En el siglo XVIII, el ganado deambulaba libremente en los millares de hectáreas que conformaban los latifundios. E. Barrett menciona un documento de 1801 indicando que

las tierras de la hacienda Parandián se extendían en 37,625 hectáreas, lo que nos puede dar idea de la importancia de la superficie de estas propiedades en aquella época (Barrett, 1975: T.1, 145-146).

Los cultivos comerciales - el arroz, el algodón y los productos de la caña –arobas de azúcar, piloncillo, panela y mieles– se vendían dentro de la Nueva España; surtían ciudades del centro y del norte del virreinato además de las principales ciudades de Michoacán, Pátzcuaro y Valladolid. Una parte de la producción del añil se mandaba al puerto de Cádiz, desde donde abastecía los mercados europeos. En cuanto a las frutas tropicales que daban tan buenos rendimientos en las huertas de las tierras comunales de los indios y en algunas haciendas, se vendían a comerciantes de regiones cercanas que llegaban a los pueblos.

De la misma manera que dos tipos de tenencia de la tierra –haciendas y tierras comunes de los indios– se compartían el espacio en la región, dos tipos de asentamientos humanos coexistían: los pueblos indígenas y el hábitat diseminado; haciendas, rancherías y ranchos. En uno y otro, la población se mestizó a lo largo de los siglos. Dos censos de naturaleza distinta ilustran este fenómeno. El primero, de 1681, es eclesiástico y cuenta las almas de comunión; de las 570 personas que vivían en el partido de Pinzándaro, la gran mayoría (83.3%) era ya mestiza² (Carrillo, 1993: 108). En la misma época, el pueblo vecino de Santa Ana Amatlán seguía habitado exclusivamente por indígenas, quedándose fuera del proceso de mestizaje. Un siglo más tarde, en 1790, un censo de tributarios que proporciona la *Inspección ocular* deja ver que la mayor parte de la población de la región era conformada por “pardos” (mulatos): dominaban en Pinzándaro, Tomatlán y Xalpa, mientras en Santa Ana Amatlán convivían 62 tributarios indios con seis familias españolas (Reyes, 2004: 130-133,135).

Los datos de la *Inspección ocular* nos dan una idea del aspecto de los pueblos, centros políticos y administrativos de la región. Existían en la mayoría de los pueblos una iglesia y unas casas reales y curales, que constituyan las construcciones más elaboradas y cuidadas; sin embargo eran rústicas y muchas veces se hallaban en mal estado. La iglesia era de estructura sencilla, con una sola nave, techo de tejamanil, pavimento de tierra y

² El censo toma en cuenta las personas de confesión, de siete años en adelante. Había 59 indios, 33 españoles, 2 negros, 210 mestizos, 265 mulatos y 1 chino.

paredes de adobe. En Santa Ana Amatlán “la cárcel y casas reales se hallan en un estado de puras ruinas”, en Xalpa “las casas reales son un jacal miserable”, en Pinzándaro “son cubiertas de teja, hechas de adobe”. En cuanto a las viviendas comunes y corrientes, eran más sencillas todavía; “el caserío consiste en chozas dispuestas sin orden de calles, cubiertas de paja y resguardadas las viviendas con cañas y heno” (Santiago Tomatlán), “los indios habitan en unos pobres jacales con techo de paja” (Santa Ana) (Reyes, 2004: 129-135). No tenemos detalles para saber si las viviendas se encontraban concentradas o si estaban diseminadas.

La descripción detallada de los distintos edificios que constituían la hacienda Nuestra Señora de Gracia en 1717 permite por otra parte tener una mejor representación de este tipo de asentamiento. Aparte de la capilla y de la casa de vivienda de dos salas, con paredes de adobe, techo de tejamanil y cimientado de piedra y lodo, se hallaban las construcciones adecuadas para el procesamiento de la caña –una casa de calderas, una casa de purgar, la galera del molino con dos cajones, cinco moliendas– y varias dependencias: una casa para guardar ocotes, un corral de la mulada, la cocina, entre otras. Todos los edificios tenían paredes de adobe, techos de tejamanil y cimientos de piedra y lodo, al modo de la vivienda.

El asentamiento en la región de españoles y esclavos negros a lo largo de la época colonial no pudo compensar el desplome de la población indígena por las epidemias y las deserciones frente al tributo. Muchos pueblos se redujeron o desaparecieron, sobre todo los que se quedaron sin tierras comunes, por las ventas y usurpaciones. Fue el caso de tres pueblos de indios sujetos de Pinzándaro que ya no aparecen en las fuentes del XVIII. El decrecimiento de la población indígena afectó igualmente a las haciendas por la reducción de mano de obra, lo que limitó la expansión de los cultivos comerciales (Barrett, 1975: T.1, 119-120). A fines del siglo XVII, la población de la cuenca del Tepalcatepec descendió al punto más bajo de su historia (Barrett, 1975: T.1, 69-70). Se recuperó lentamente durante el siglo siguiente, a pesar de algunas epidemias y crisis agrícolas, gracias, entre otras cosas, a la inmigración de población originaria de regiones situadas más al norte (Morin, 1979: 66.)

El siglo XIX: cultivos comerciales y movilidad de la población

A partir del siglo XVIII y sobre todo en el siglo XIX, mientras se mantenían los núcleos de población poblados de mestizos y mulatos como Amatlán, Tomatlán, Pinzándaro y Xalpa, se multiplicaron los ranchos en las tierras de periferia de las haciendas, en especial a la orilla del río Grande (llamado también Tepalcatepec). Permanecieron los latifundios a pesar del fraccionamiento de los más grandes (Barrett, 1975: T.1, 136) y del proceso de Desamortización que no llevó a la repartición de las tierras –tal como era su objetivo– sino a una mayor concentración entre pocas manos, cuando las tierras comunales de los indios se convirtieron en propiedades privadas (Barrett, 1975: T.2, 40). Por las extensiones de los latifundios, podemos pensar que parte de la fundación de los nuevos ranchos fue una manera, por parte de los propietarios, de controlar y explotar las tierras más alejadas del casco de su hacienda. Al lado de estos anexos de las haciendas, otros ranchos podían ser totalmente independientes. En ambos casos, sus moradores se dedicaban a la ordeña de las vacas y sembraban parcelas de maíz y frijol para su subsistencia durante la época de lluvias.

A partir de las últimas décadas del siglo XIX aumentaron las producciones comerciales, gracias a las mejoras en el sistema de riego y a la modernización del proceso de extracción. Por ejemplo en Tomatlán, pueblo situado en la parte occidental del valle, mientras se había aprovechado solamente el agua del río Buenavista mediante sistemas de derivación sencillos, se elaboraron dos presas al norte del pueblo, que permitieron irrigar dos pequeñas haciendas: el Nacimiento y San Pablo. Se dio así un auge a los cultivos comerciales, en una zona en la cual dominaban todavía en este momento las grandes extensiones de monte y de pasto natural utilizados para la ganadería extensiva. Las obras de irrigación de Tomatlán coinciden con un movimiento de ampliación de las superficies de riego de las haciendas, generalizado en la Tierra Caliente en esta época. Al mismo tiempo se modernizaron los trapiches: se cambiaron los rodillos verticales por unos horizontales para permitir una mayor extracción del jugo y unas piezas de metal se sustituyeron a las de madera (Sánchez, 2000: 313). En 1889 existían seis trapiches importantes en el distrito de Apatzingán, que producían 20,000 arrobas de azúcar y 1,040 arrobas de piloncillo (Sánchez, 2000: 306-308).

La expansión de los cultivos comerciales y la modernización de las instalaciones productivas reforzaron la atracción que ejercía la Tierra Caliente para la mano de obra de fuera. La caña de azúcar, el arroz y el añil que crecieron en las parcelas irrigadas de las grandes propiedades, necesitaban una importante mano de obra, tanto para la cosecha como para el proceso industrial que seguía. Sabemos gracias a los testimonios orales que muchos de los peones de las haciendas, así como los medieros y vaqueros de los ranchos, eran originarios de otras regiones. Para medir cuantitativamente la movilidad de las personas, revisamos las actas matrimoniales de Buenavista Tomatlán³, lo que nos permitió obtener información sobre el origen geográfico de la población a partir de la segunda mitad del siglo XIX (véase tabla 1). De las 323 personas nacidas entre 1820 y 1869 y que se casaron en el pueblo en las décadas siguientes, 131 (40.6%) provenían de Tomatlán y de los asentamientos de los alrededores; 91 (28.2%) de otras partes de la Tierra Caliente y de ranchos situados en la sierra de Tancítaro al norte y en el sureste del estado de Jalisco, colindante con Michoacán. Otros habitantes (17%) eran originarios de regiones situadas entre aproximadamente 40 y 100 km. de Tomatlán y el resto de la población procedía de los estados colindantes a más de 100 km –el norte y el oriente del estado de Michoacán, el sur del Estado de Jalisco, el estado de Colima– (13,6%) o incluso de regiones más alejadas (0.6%).

A veces, las personas originarias de otras regiones se quedaban solamente una parte del año para laborar, y se regresaban después a su lugar de origen. Los que permanecían en el valle eran ambulantes (Aguirre, 1952: 137): cambiaban de lugar según las necesidades de mano de obra y para aprovechar tierras a cultivar cuando empezaba la temporada de lluvias. La movilidad era una de las características de esta población, siempre en búsqueda de un trabajo o de un pedazo de tierra para cultivar, aunque sea temporalmente.

El tipo de hábitat reflejaba esta movilidad: los ranchos y las casas de los peones eran de paja, ramas y cartón y se construían en los lugares donde existían posibilidades temporales de trabajo: desaparecían después con la misma rapidez con la cual habían aparecido. Estas viviendas informales se erigían también temporalmente en la periferia de los pueblos, a lo largo de las calles secundarias, al lado de las casas permanentes, en esa

³ El origen del nombre Buenavista Tomatlán y la relación entre Tomatlán y Buenavista se explica p.7.

época construidas con adobe y techos de tejas. La inestabilidad de las localidades también era importante. El pueblo de Jalpa fue abandonado en 1885, después de una epidemia y se fueron los pocos vecinos restantes a vivir a Santa Ana Amatlán (AGHPM, serie materia agraria). El poblado de Tomatlán, situado cerca del río Buenavista, se trasladó a 1.5 km al norte, donde se hallaba la ranchería Buenavista, cuyo nombre adoptó. Para 1872, unas pocas familias seguían viviendo en el viejo Tomatlán y existía ya el nuevo núcleo de población, con su iglesia (AGHPM, ramo hijuelas). Los pueblos podían desaparecer muy rápidamente cuando la población era diezmada por las epidemias, y cambiaban de lugar con facilidad por razones prácticas.

Los paisajes después de la Reforma Agraria

Si la Tierra Caliente conoció cambios importantes a lo largo de la época colonial e histórica –abandono y aparición de cultivos, disminución y desaparición de las tierras comunales de los pueblos, movimientos de compra-venta de los latifundios– las transformaciones que se produjeron en el transcurso del siglo XX fueron más drásticas aún.

Obras hidráulicas, desmontes y crecimiento demográfico.

Los conflictos del inicio del siglo XX –Revolución y Revolución cristera– afectaron la parte occidental de la Tierra Caliente: los cascos de las haciendas y los trapiches fueron saqueados y destruidos, el ganado se perdió y los cultivos comerciales desaparecieron. Los hacendados se refugiaron en las grandes ciudades y los campesinos se organizaron en grupos para pedir la repartición de los latifundios y la formación de ejidos. En esta región como en todo el país, las solicitudes de tierras se multiplicaron cuando Lázaro Cárdenas asumió la Presidencia de la República (1934-1940). Las primeras reparticiones afectaron las tierras de las haciendas. Las pequeñas extensiones de tierras irrigadas y las grandes superficies de agostadero fueron divididas en lotes y atribuidas a los ejidatarios. Poco tiempo después, las obras hidráulicas de la Comisión del Tepalcatepec, fundada en 1947, provocaron el aumento de las superficies de riego. Una de las obras más significativas fue el puente-presa de Piedras Blancas que se inauguró en 1952 y permitió la irrigación de

18,000 hectáreas en el margen izquierda del río Tepalcatepec, entre las localidades de Tepalcatepec y Buenavista. Se construyó una red amplia y jerarquizada de canales para llevar el agua hacia las parcelas: anchos, cimentados y con compuertas, se agregaron a la red de irrigación del siglo XIX, conformada por canales estrechos, rara vez empedrados y que surtían superficies reducidas.

Gracias a la llegada del agua, las tierras que habían sido repartidas poco antes cambiaron inmediatamente de uso: los agostaderos destinados hasta entonces a la ganadería extensiva se empezaron a cultivar, lo que exigió una intensa labor de desmonte, despiedre y arado. Las nuevas tierras de cultivo, divididas en parcelas medidas, deslindadas con estacas y piedras, separadas por brechas y suministradas por canales, se cubrieron en un primer tiempo de maíz, frijol y ajonjolí, cultivos que practicaban los ejidatarios cuando eran medieros o peones. En la década de los 50, apareció un nuevo cultivo comercial, el algodón, que se sembró en todo el valle y se volvió incluso un monocultivo en la parte occidental. Cuando declinó después de dos décadas, como consecuencia de los malos manejos de químicos y de las enfermedades y plagas que se multiplicaron, se sembraron otros cultivos comerciales: el melón, la sandía, el sorgo, las huertas de limón.

La Tierra Caliente que ya era un polo de atracción por las posibilidades de trabajo que existían en los latifundios anteriormente, se hizo más atractiva todavía con la posibilidad de cultivar tierras propias, muchas veces irrigadas, y de poder construir su casa en un lote perteneciente a un pueblo. A los antiguos trabajadores de las haciendas y de los ranchos que ya vivían en el valle, se juntaron grupos de solicitantes originarios de fuera. Estudiando las Actas Matrimoniales, nos dimos cuenta que su proveniencia no cambió mucho en relación con el siglo anterior (véase tabla 1). Una parte importante de la población beneficiaria de los ejidos fueron trabajadores y rancheros que ya vivían en Buenavista y sus alrededores inmediatos. Llegaron también de las regiones cercanas, específicamente de los ranchos de las áreas montañosas pobres que rodeaban el valle: al norte, en los alrededores de Tancítaro y al este, en el estado de Jalisco. Significa que el poder de atracción del valle, ya fuerte en la época de las haciendas con los cultivos comerciales, siguió ejerciéndose, pero no se amplió geográficamente como consecuencia de la Reforma Agraria.

Tabla 1. Origen de los habitantes de Buenavista Tomatlán⁴.

Nacidos de 1820 a 1869	número	%	Nacidos de 1870 a 1919	número	%	Nacidos de 1920 a 1969	número	%
C1	131	40.6	C1	281	45.7	C1	304	47.3
C2	91	28.2	C2	216	35.1	C2	222	34.6
C3	55	17	C3	83	13.5	C3	61	9.5
C4	44	13.6	C4	28	4.6	C4	37	5.8
C5	2	0.6	C5	7	1.1	C5	18	2.8
TOTAL	323	100	TOTAL	615	100	TOTAL	642	100

Fuente. Elaboración propia. Actas Matrimoniales, Parroquia de Buenavista Tomatlán.

En cambio, la población aumentó de manera significativa: los pueblos existentes crecieron y se crearon nuevos centros de población ejidales en lugares donde se extendían antes los ranchos y cascos de haciendas (El Limón de la Luna, El Pílon) o en parajes hasta ahora desiertos (Felipe Carrillo Puerto, Vicente Carrillo) (véase tabla 2). Cuando se dio el auge del algodón, que permitió beneficios económicos importantes, los movimientos de inmigración hacia el valle se hicieron aún más numerosos.

Los nuevos pueblos fueron planificados y construidos de manera sistemática, con la delimitación de manzanas y lotes y el trazado de calles anchas y simétricas. Un caso muy representativo es el de Felipe Carrillo Puerto, que se edificó a 20 km. al poniente de la cabecera municipal de Buenavista Tomatlán. Se deslindó ahí una plaza central, rectangular y de grandes dimensiones (44,100 m²) y se delimitaron lotes de terreno para el Palacio de Gobierno, el mercado, la escuela pública, las oficinas del banco ejidal y de la Comisión del Tepalcatepec. Aparte se delimitaron 118 manzanas de distintas medidas, divididas posteriormente en lotes (AGHPM, Buenavista). En la parte occidental del valle, se construyeron otros poblados como Las Catalinas, Vicente Guerrero, División del Norte y se

⁴ El primer círculo (C1) incluye Buenavista, los pueblos y ranchos cercanos, en un radio de entre 1 y 15 km. aproximadamente.

El segundo círculo (C2) incluye la Tierra Caliente extensa, los ranchos de Tancítaro y los ranchos situados al este del valle en el estado de Jalisco. El radio es de aproximadamente 15 a 35 km.

El tercer círculo (C3) incluye parte de la sierra purépecha, el valle de Los Reyes, el norte de la Sierra de Jalmich (Cotija, Tamazula), la Sierra Madre del Sur. El radio es de 40 a 100 km.

El cuarto círculo (C4) incluye el norte y el oriente del estado de Michoacán, el sur del Estado de Jalisco, el estado de Colima (radio de 100 a 200 km).

El quinto círculo (C5) incluye el norte del estado de Jalisco, los otros estados de la República y el extranjero.

reedificaron pueblos que estaban casi abandonados como Pinzándaro y San Juan de Los Plátanos. Los pueblos que ya existían, Buenavista Tomatlán y Santa Ana Amatlán, cambiaron igualmente de aspecto con la construcción de edificios modernos (escuelas, centros de salud, salones ejidales), la pavimentación de las calles y la instalación de los nuevos servicios (luz, agua potable, drenaje), financiados por la Comisión del Tepalcatepec.

Tabla 2. Evolución de la población de localidades de Tierra Caliente 1940-2000.

nombre	1940	1950	1960	1970	1980	1990	2000
Apatzingán	2,080	8,358	19,568	44,849	55,522	76,643	93,756
Buenavista	927	1,578	2,358	2,886	4,937	7,464	8,886
Felipe Carrillo	-	-	2,606	5,643	8,149	8,496	9,018
Tepalcatepec	2,721	2,554	4,686	9,002	12,818	14,827	14,888

NB: Felipe Carrillo Puerto es un pueblo ejidal que se fundó en el municipio de Buenavista Tomatlán en 1955 y que hoy en día tiene más habitantes que la cabecera municipal. Fuente: *Archivo Histórico de Localidades*, INEGI.

La construcción y modernización de los centros de población significaron una concentración importante de la población, en la misma época que muchos de los ranchos diseminados fueron abandonados. Los habitantes de los ranchos se agruparon en los pueblos para beneficiar de los servicios que llegaron progresivamente (electricidad, agua potable, drenaje) y de la atribución de un lote con título propio. Fue también una manera de acercarse a las parcelas que les tocaron en el reparto, ya que los nuevos pueblos se construyeron a proximidad de los predios ejidales. En Felipe Carrillo Puerto por ejemplo, se juntaron a vivir los beneficiarios de los ejidos cercanos de San José, La Guadalupe y Santa Rita. Si en un inicio, las casas se edificaron con cartón, tablas, ramas y palma como las de los ranchos, con los beneficios del cultivo del algodón, muchos ejidatarios pudieron reconstruirlas con material. Los lotes individuales de grandes dimensiones (1,600 m² en el caso de Felipe Carrillo Puerto) se llenaron de construcciones cuando las familias crecieron y que los hijos construyeron ahí sus propias casas, lo que provocó un aumento de densidad habitacional en las localidades. Por otra parte, se construyeron más vías de comunicación y se mejoraron las ya existentes. Las carreteras pavimentadas y los caminos de terracería permitieron unir entre ellas las principales localidades y algunos ranchos que permanecieron.

Las consecuencias de estos cambios fueron múltiples. Se produjo el paso de una organización del espacio con hábitat diseminado y una utilización extensiva de los recursos en la mayor parte de las superficies, a una organización con agrupación de la población y uso intensivo de las tierras y del agua. Al paisaje esencialmente ganadero anterior, con pocos pueblos, pocas vías de comunicación y numerosos ranchos diseminados en el medio de amplias superficies de agostadero, se sustituyó un paisaje mucho más antropizado, planificado y organizado (Thiébaut, en prensa).

La percepción de los cambios

A los cambios físicos en los paisajes, corresponden transformaciones en los modos de vida y en la percepción de los habitantes en cuanto a sus espacios de vida. La concentración en núcleos de población implicó la cohabitación de personas de múltiples orígenes y de costumbres distintas, así como el desempeño de tareas comunitarias. El hecho de tener un lote, una casa “de obra” con acceso a los servicios, así como una parcela para cultivar, significó una ruptura con los modos de vida anteriores, basados en la movilidad, la precariedad y una organización a nivel familiar. Con las nuevas condiciones, la estancia en los pueblos ejidales se volvía duradera, para no decir definitiva y la población se estabilizó.

Además la vida en los pueblos se organizó de manera muy distinta a la de los ranchos. La formación de los ejidos significó una vida comunitaria con tomas de decisiones colegiadas en las Asambleas ejidales y la formación de grupos para solicitar créditos al Banco ejidal (para adquirir ganado, tractores, bombas de agua, entre otros). Sin embargo nunca se llegó a una organización comunitaria del trabajo en esta parte del valle (mientras se hizo en las haciendas de Nueva Italia y Lombardia en la zona oriental).

A pesar de las mejorías materiales, no todo fue positivo en el cambio. El hecho de disponer de servicios provocó cierto “encierro” en las viviendas, por lo menos por parte de las mujeres. Ya no tuvieron que salir juntas para acarrear el agua por ejemplo. Las situaciones de convivencia disminuyeron también, por el hecho de compartir el espacio con numerosas familias desconocidas. Mientras en los ranchos donde vivían algunas familias extensas, se organizaban frecuentemente convivios para la matanza del puerco, el festejo de santos o alguna ceremonia, en los pueblos estas reuniones desaparecieron. De manera

paradójica, la agrupación física y el acceso a más comodidades provocaron cierto aislamiento de las personas. En el caso de los hombres, se reunieron en las plazas y las cantinas, y por cuestiones del ejido. Las situaciones de conflictos y riñas a veces con homicidios se dispararon, que sea por los cargos de dirección del ejido, los turnos de agua, e incluso por motivos fútiles. Parece entonces que las percepciones de los cambios territoriales variaron según el género.

Conclusión

Las tierras repartidas no fueron suficientes, a pesar de que fueron 350,000 hectáreas al nivel regional, en la Cuenca del Tepalcatepec, entre 1930 y 1970 (Barrett, 1975: T.2, 45) y 45,617 hectáreas al nivel del municipio de Buenavista, con 35 ejidos y 2,642 individuos beneficiados entre 1930 y 1982. Frente a la llegada de nuevos solicitantes y al crecimiento de las familias de los ejidatarios, cuyos hijos solicitaron a su vez parcelas, se agotaron las posibilidades de beneficiarse de tierra. Una vez realizada la repartición de los grandes latifundios, las atribuciones disminuyeron y las ampliaciones a los ejidos existentes se hicieron con propiedades medianas conformadas por tierras de mala calidad, sin acceso al agua, de las cuales se beneficiaron grupos bastante reducidos. Por lo tanto, si cierta parte de la población se estabilizó como lo hemos mencionado anteriormente, empezó un nuevo movimiento de población, de emigración esa vez, principalmente hacia Estados Unidos, de los hijos de ejidatarios y de los avecindados que no recibieron parcela. Este movimiento se acentuó cuando los cultivos comerciales, como el algodón y el melón, se acabaron en los años 1970 y 80, y no fueron sustituidos por ninguna actividad agropecuaria rentable. Las huertas de mangos y sobre todo de limones, de baja rentabilidad, cubrieron las mayores superficies del valle.

El destino de tres generaciones de una misma familia nos ayuda a ilustrar los movimientos de población de los habitantes de Tierra Caliente desde el final del siglo XIX y a lo largo de todo el siglo XX. Originario de Tingüindin (a 50 km al norte de Tierra Caliente), José Alcázar Quintero, nacido en 1897, llegó a una hacienda de Buenavista siendo un niño de ocho años, acompañado por su hermano mayor. Los dos empezaron a trabajar en la propiedad “como esclavos”, según relata uno de sus hijos. Cuando se hizo la repartición de

las tierras, ambos hermanos recibieron una parcela ejidal de la misma hacienda dividida. De los seis hijos varones que tuvo José, de apellido Alcázar Vázquez, nacidos entre 1927 y 1945, cuatro recibieron parcelas de la misma hacienda. El mayor no consiguió porque estaba haciendo el servicio militar en el momento de la repartición; se hizo zapatero en Melaque, Jalisco. El menor no recibió tampoco porque era demasiado joven; emigró a Las Vegas, Estados Unidos. Las tres hijas se casaron: dos con ejidatarios del mismo lugar y una se fue a Guadalajara. En el caso de la última generación, de apellido Alcázar Pedroza, hijos de Margarito uno de los ejidatarios, nacidos entre 1959 y 1976, se invirtió la situación anterior: de los cuatro hijos varones, uno solo se hizo ejidatario y los otros tres emigraron a Estados Unidos, dos de los cuales a Las Vegas donde tenían su tío. La única hija también emigró a Las Vegas donde se casó. Margarito se quedó a vivir en el ejido pero hace viajes frecuentes a Estados Unidos para visitar a sus hijos.

Bibliografía

- Acuña, René (editor) (1987), *Relaciones geográficas del siglo XVI: Michoacán*, México, UNAM, 517 pp.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo (1952), *Problemas de la población indígena de la Cuenca del Tepalcatepec*, México, Memorias del Instituto Nacional Indigenista, Vol.III, 363 pp.
- Anónimo (1950), *La obra del Gobierno del Señor Presidente Alemán en la cuenca del río Tepalcatepec*. Uruapan.
- Barkin, David (1965), *Cambios en la agricultura de la zona de Tierra Caliente, Michoacán, México 1950-1960*, Chapingo, Escuela Nacional de Agricultura, Colegio de Postgraduados, 48 pp.
- Barkin, David y Timothy King (1970), *Desarrollo económico Regional (Enfoque por cuencas Hidrológicas de México)*, México, 267 pp.
- Barragán López, Esteban, Ortiz Escamilla, Juan y Toledo, Alejandro (2007), *Patrimonios: Cuenca del Río Tepalcatepec*, Zamora, El Colegio de Michoacán, Gobierno del Estado de Michoacán, 320 pp.
- Barrett, Elinore M. (1975), *La cuenca del Tepalcatepec, T.1. Su colonización y tenencia de la tierra, T.2. Su desarrollo moderno*. México: Secretaria de Educación Pública.

- Bustamante Álvarez, Tomás (1996), *Las transformaciones de la agricultura o las paradojas del desarrollo regional Tierra Caliente*, Guerrero, México, Juan Pablos Editor, Procuraduría Agraria, 305 pp.
- Calvo, Thomas y López, Gustavo (coord.) (1988), *Movimientos de población en el Occidente de México*, CEMCA, El Colegio de Michoacán, 372 pp.
- Carrillo Cazares, Alberto (1993), *Michoacán en el otoño del siglo XVII*, El Colegio de Michoacán, Gobierno de Michoacán, Zamora.
- Duran Juárez, Juan Manuel & Bustin, Alain (1983), *Revolución agrícola en Tierra Caliente de Michoacán*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Enkerlin Pauwells, Luise M. (2008), “Reestructuración del territorio y reacomodo de la población india en la Cuenca del Tepalcatepec durante el siglo XVI”, en Eugenia María Azevedo Salomao (dirección general), *Del Territorio a la Arquitectura en el Obispado de Michoacán*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Consejo Nacional para la Ciencia y la Tecnología, pp. 91-114.
- Enkerlin Pauwells, Luise M. (2003), “Espacio y población en la alcaldía mayor de Tancítaro durante el siglo XVIII; primer acercamiento”, en *Arquitectura, territorio y población en el antiguo Obispado de Michoacán virreinal. Memorias 1er. Seminario*. Morelia, UMSNH, CONACYT, pp. 42-52.
- Escandón, Patricia (2005), “Tancítaro y la Tierra Caliente bajo la administración franciscana, 1552-1636”, *Relaciones*, vol. XXVI, n°103, Zamora, verano, El Colegio de Michoacán, p.213-261.
- INEGI, *Archivo Histórico de Localidades*, 1910-2000.
- Morin, Claude (1979), *Michoacán en la Nueva España del siglo XVIII, crecimiento y desigualdad en una economía colonial*, Colección Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica, México.
- Ochoa Serrano, Álvaro y Sánchez Díaz, Gerardo (1985) *Relaciones y memorias de la provincia de Michoacán 1579-1581*, Universidad Michoacana, Ayuntamiento de Morelia, Morelia.
- Reyes García, Cayetano y Ochoa Serrano, Álvaro (2004), *Resplandor de la Tierra Caliente michoacana*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 223 pp.
- Sánchez Díaz, Gerardo (2000), *Historia de la agricultura en el Occidente de México. Los cultivos tropicales en Michoacán, época colonial y siglo XIX*, tesis de doctorado en historia, México.

Secretaria de Recursos Hidráulicos (1952), *Comisión del Tepalcatepec Memoria de los trabajos realizados 1947-1952*, Uruapan.

Secretaria de Recursos Hidráulicos (1961), *Comisión del Tepalcatepec Memoria de los trabajos realizados 1947-1961*, Uruapan.

Thiébaut, Virginia & Alberto Aguirre Anaya (2008), “Microhistoria de un paisaje en Buenavista Tomatlán” en Thiébaut, Virginia, García Sánchez, Magdalena & María Antonieta Jiménez Izarraraz, *Patrimonio y paisajes culturales*, Zamora: El Colegio de Michoacán: 145-161.

Thiébaut, Virginie (en prensa), Procesos territoriales y sociales en la Tierra Caliente de Michoacán en el siglo XX. En Montes Vega, Octavio & González Santana, Octavio, *Estudios Michoacanos XIV*. Zamora: El Colegio de Michoacán.

Zarate Hernández, José Eduardo (coord.) (2001), *La Tierra Caliente de Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán.

Archivos.

Archivos parroquiales de Buenavista Tomatlán: Actas de matrimonios, cajas 2, 4, 5 y Archivo General e Histórico del Poder Ejecutivo de Michoacán (AGHPM):

- Serie materia agraria, Distrito de Apatzingán, caja 1, expediente 29.
- Ramo Hijuelas, Distrito de Apatzingán, libro 6.
- Buenavista, Caja 1, 1944-48, expediente 5, documento del 10 de diciembre de 1955.